

843
9.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PA 7227

467

Sp

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

887890

EL HORÓSCOPO

PRÓLOGO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

LA FERIA DEL "LANDI"

Immensa muchedumbre invadía la plaza de Santa Genoveva, una hermosa mañana del mes de junio de 1559.

Treinta ó cuarenta mil personas de ambos sexos y de distintas edades y condiciones formaban aquella masa colosal que se agitaba, gritaba, reía ó juraba, esparcida por la extensa área de la citada plaza.

Un provinciano que de repente se hubiese encontrado en el centro de la calle de Saint-Jacques, desde donde podía distinguir perfectamente aquella multitud, no habría podido explicarse el objeto ó la causa de tan considerable reunión de personas en aquel punto de la capital.

El tiempo era hermoso, como hemos dicho, y no podía estar motivada aquella reunión por la salida de las reliquias de santa Genoveva, en rogativa, como solía hacerse para lograr por su intercesión el favor de la lluvia.

I

Precisamente había llovido pocos días antes, y las rogativas no hacían falta, como había ocurrido en 1556.

Tampoco había que deplorar una desastrosa batalla por el estilo de la de San Quintín, como sucedió en 1557, en que hubo que sacar en procesión las reliquias de la santa para obtener la protección de Dios.

Sin embargo, era indudable que aquella muchedumbre se había reunido en la plaza de la antigua abadía para celebrar alguna grande solemnidad.

¿Cuál podía ser ésta?

No era religiosa, aun cuando entre la multitud se veían algunos frailes de distintas órdenes; pero no estaban en número suficiente para prestar carácter determinado á la fiesta.

No era militar, porque los hombres de armas estaban también en proporción muy reducida y no llevaban ni partesanas ni mosquetes.

Y tampoco era aristócrata, porque no se veían flotar sobre las cabezas las blasonadas banderolas de los gentileshombres ni los empenachados cascos de los señores.

Empero, había una nota que dominaba entre esta abigarrada multitud, donde estaban confundidos frailes, caballeros, ladrones, propietarios, mujeres de vida alegre, viejos, bateleros, hechiceras, gitanos, artesanos y vendedores de cerveza, á caballo los unos, otros en borricos, y algunos en coche, pues precisamente en este año se habían inventado; lo que dominaba, repetimos, eran los estudiantes, pero los estudiantes de las cuatro naciones, escoceses, ingleses, franceses é italianos.

Aquella multitud iba y venía, se agrupaba en un sitio determinado, se disgregaba después, gritando y gesticulando, para volverse á reunir de nuevo en el centro de la plaza.

Efectivamente, la fiesta tenía más carácter estudiantil que otra cosa.

Era el primer lunes subsiguiente al día de san Bernabé, y toda aquella multitud se hallaba allí reunida para celebrar la feria del *Landi*.

Indudablemente nuestros lectores no comprenderán el significado de estas tres palabras, respecto á las cuales hemos de darles alguna noticia, aun cuando sucinta.

La palabra latina *indictum* significa un día y un lugar determinados para cualquier asamblea del pueblo.

La *i* se cambió poco después en *e*, hasta que finalmente quedó en *a*, y fué diciéndose sucesivamente en vez de *indictum*, *lindict*, después *lendit*, más tarde *landit*, y finalmente *landi*, resultando de esto que la palabra que daba nombre á la fiesta significaba día y lugar destinado para una reunión popular.

En tiempo de Carlomagno, el rey teutón que hizo su capital de Aix-la-Chapelle, se mostraba á los peregrinos las santas reliquias en la capilla una vez al año.

Carlos el Calvo transportó estas reliquias de Aix á París, y una vez al año también se mostraban al pueblo en un vasto campo inmediato al bulevar Saint-Denis.

El obispo de París, encontrando que, dada la piedad creciente de los fieles, el campo de la feria no estaba en armonía con los que á ella concurrían, estableció la fiesta del *Landi* en la extensa llanura de Saint-Denis.

El clero de París conducía las reliquias en procesión; el obispo predicaba y daba su bendición al pueblo; pero como las bendiciones no pueden distribuirse como se quiere y á quien se quiere, los monjes de Saint-Denis pretendieron que ellos solos tenían el derecho de bendecir en sus tierras, y demandaron ante el Parlamento de París al obispo como usurpador de atribuciones.

Tan violentos fueron los debates y con tal elocuencia se defendieron y atacaron los litigantes, que el Parlamento, no sabiendo á quién de los dos dar la razón, se la quitó á entrambos, y prohibió, vista la turbación que causaban á los obispos por una parte y á los abades por otra, que se presentaran en la feria del *Landi*.

Entonces el rector de la Universidad fué quien heredó las prerrogativas tan encarnizadamente disputadas, y se le concedió el derecho de dirigirse todos los años á la feria el primer lunes después de San Bernabé, para elegir el pergamino necesario para todos los colegios, prohibiéndose á los mercaderes que asistían á esta feria vender una sola hoja antes que el rector hubiera hecho su elección.

Esta visita del rector, que se prolongaba por espacio de unos ocho días, sugirió á los estudiantes el deseo de acompañarle. Lo pidieron, se les concedió, y á partir de este momento, cada año este viaje fué aumentando en pompa y magnificencia.

Regentes y estudiantes se reunían, á caballo, en la plaza

de Santa Genoveva, y desde allí, en el orden más perfecto, se dirigían á la feria.

La cabalgata llegaba con la mayor tranquilidad y compostura al sitio citado; pero una vez allí, se encontraba con que se reunían á ella todos los gitanos, todos los hechiceros (de los cuales se contaban treinta mil en esta época en París), todas las jóvenes y todas las mujeres de vida algo equívoca (y de las cuales ninguna estadística ha podido precisar jamás el número), vestidas de hombre, todas las señoritas del Val-d'Amour, del Chaud-Gaillard y de la calle Froid-Mantel; es decir, un verdadero ejército, algo así como una de las grandes emigraciones del siglo IV, con la diferencia de que en vez de estar formadas por bárbaros ó salvajes, las constituían mujeres que si de algo pecaban era de extremadamente civilizadas.

Una vez que toda esta multitud llegaba á la llanura de Saint-Denis, hacia alto, cada uno descendía del caballo, de la mula ó del borrico, sacudía el polvo de sus botas, de sus zapatos ó de sus sandalias, y se mezclaba con aquella alegre compañía.

Fácilmente puede comprenderse lo que pasaba después. Se empezaba riendo para concluir rabiando; se bebía alegremente, consumiéndose enormes cantidades de vino blanco, procedentes de todos los pueblos de las inmediaciones; se enrojecían las mejillas con el fuego del amor y los vapores del vino, gritaban todos, cruzábanse palabras cariñosas, demandas imperativas, frases amenazadoras, besos, abrazos, imprecaciones, juramentos, y se ponía en acción el quinto capítulo de *Gargantua*.

Era aquella la buena época en que Rabelais, cura de Meudón, escribía *Gargantua*, y en que Brantome, abad de Bordeille, escribía las *Mujeres galantes*.

Una vez borrachos todos, se cantaba, se peleaba ó se injuriaba á los paseantes.

A pesar de que el Parlamento dió repetidos decretos para remediar estos desórdenes, hubo necesidad, como ensayo, de transportar la feria desde la llanura á la misma población de Saint-Denis.

En 1550 se ordenó que los estudiantes no asistieran á la feria sino por grupos de doce, en representación de cada uno de los cuatro colegios de las Naciones, como se les dominaba entonces, comprendiendo en aquel número á los regentes.

Pero el remedio resultó peor que la enfermedad.

Porque los estudiantes no comprendidos en aquel número, se quitaban el traje universitario, cambiándole por cualquier otra clase de vestido, unían la espada, que les estaba prohibida, á la daga que desde tiempo inmemorial tenían derecho á llevar, y se dirigían á la población por todos los caminos en virtud de aquel proverbio que dice: «Por todas partes se va á Roma»; y como que, merced á sus disfraces, se sustraían á la vigilancia de los profesores, los desórdenes eran mucho más grandes que antes del decreto dado para remediarlos.

En este estado nos encontramos en el momento de dar comienzo nuestro relato en 1559, y al ver el orden con el cual el cortejo se ponía en marcha, nadie hubiera podido sospechar las locuras y los escándalos que habían de ocurrir una vez que hubiese llegado á su destino.

En esta ocasión, como de costumbre, la cabalgata marchó regularmente; entró en la gran calle de Saint-Jacques, lanzó, al desembocar delante de Chatelet, uno de esos hurras de maldición como únicamente saben exhalarlos las multitudes de París, porque la mitad de los miembros que componían aquella multitud conocían prácticamente las prisiones subterráneas de aquel monumento, y después de esta manifestación, que no era más que un pequeño desahogo, penetró resueltamente por la calle de Saint-Denis.

Adelantándonos á ella, iremos á tomar sitio en la ciudad abadial, al objeto de asistir á un episodio de la fiesta que se relaciona con la historia que vamos á contar.

La fiesta oficial puede decirse que estaba concentrada en la calle mayor, donde los barberos, cerveceros, tapiceros, mercaderes, zapateros, cordeleros, cambistas, plateros y taberneros, sobre todo, estaban encerrados en sus barracas de madera que habían hecho construir dos meses antes.

Los que han asistido á la feria de Beaucaire hace años, y algunos menos á la de Saint-Germain, recordando las proporciones gigantescas del cuadro que han visto en estas dos localidades, pueden formarse una idea, teniendo en cuenta la diferencia de los tiempos, lo que sería la feria del *Landi*.

En nuestros días podrá existir en esas grandes reuniones la misma alegría, pero más comprimida, más regularizada, por decirlo así, por las formas sociales; mas en cambio ha

perdido su carácter pintoresco, faltándole las bizarras tintas, los toques abigarrados de aquellos trajes de diferentes colores: aquellos bordados de oro, aquellas plumas, aquel terciopelo, aquellas espadas de brillantes empuñaduras, iluminado todo por el sol, producía un efecto totalmente distinto del que hoy produce una multitud idéntica, pero con la monótona regularidad de los colores y las formas de nuestros trajes.

En aquella época, el lujo que invadía desde lo más alto hasta lo más bajo de la sociedad, á pesar de las leyes sumptuarias de Francisco I y de Enrique IV, leyes promulgadas, pero no cumplidas, aquel lujo, repetimos, contribuía de un modo poderoso á dar tonos verdaderamente deslumbradores al cuadro general.

La explicación de este lujo era de las más sencillas.

El descubrimiento del nuevo mundo por Colón y por Américo Vespucio, las expediciones de Hernán Cortés y de Pizarro al famoso reino de *Cathay*, indicado por Marco Polo, habían arrojado una cantidad tan grande de numerario en toda Europa, que un escritor de este siglo se quejaba del desbordamiento del lujo y del alto precio de las mercancías, que, según manifestaba, se había cuadruplicado en ochenta años.

Pero no era en el propio Saint-Denis donde se encontraba la parte más pintoresca de la fiesta.

Es verdad que el Parlamento había ordenado que la feria tuviese lugar en la población; pero la ordenanza del pueblo, más poderosa que la del Parlamento, la había llevado á las orillas del río.

La feria podría estar en la población, pero la fiesta estaba á orillas del agua.

A este sitio nos trasladaremos para presenciar lo que allí ha de suceder.

La cabalgata hizo su entrada en la necrópolis real de once á once y media de la mañana, y después, como ovejas que una vez en la pradera quedan en completa libertad, los estudiantes se esparcieron por la ciudad, por los campos ó por las orillas del Sena.

Delicioso espectáculo era el que ofrecían, tendidos sobre la hierba, en el espacio de una legua á la redonda, aquellos jóvenes estudiantes de veinte años, de semblantes alegres y expresivos, á los pies de aquellas hermosas muje-

res vistiendo ricos trajes de seda, con las mejillas encendidas como el vestido, y el cuello y los hombros suaves, redondos y seductores.

Los ojos de Bocaccio debían estar mirando amorosamente, á través de la azulada cortina del firmamento, aquel gigantesco Decamerón.

La primera parte de la jornada pasó perfectamente. Hacía calor, se bebía; se sentía hambre, se comía; se estaba cansado, se sentaba.

Más tarde las conversaciones empezaron á animarse, á calentarse las cabezas, y sabe Dios el número de vasos llenos, vacíos, vueltos á llenar, vaciados de nuevo, llenos otra vez, y, definitivamente, rotos en medio de las risas y de la algazara de todos.

De este modo, á las tres de la tarde, la orilla del río, cubierta de platos y de vasos, intactos los unos, rotos los otros, cubiletes llenos y botellas vacías, de parejas que se abrazaban y caían rodando sobre la hierba, de maridos que aceptaban á la primera que se presentaba, por sus mujeres, y de mujeres que tomaban á sus pretendientes por sus maridos, las orillas del río, repetimos, verdes, frescas algunas horas antes como un paisaje de las orillas del Arno, se asemejaban entonces á uno de Teniers sirviendo de cuadro á una *kermesse* flamenca.

De repente se escuchó un grito formidable:

—¡Al agua! ¡al agua! gritaban.

Todo el mundo se levantó y los gritos redoblaron.

—¡Al agua el hereje! ¡al agua el protestante! ¡al agua e hugonote! ¡al agua! ¡al agua!

—¿Qué sucede? preguntaban mil voces á la vez.

—¡Hay aquí uno que ha blasfemado! ¡uno que ha dudado de la Providencia! ¡que ha dicho que iba á llover!...

Esta acusación, que á primera vista parece tan inocente, es la que produjo más efecto en la multitud.

La idea de que podía ser turbada en sus goces por una tempestad, la llenaba de ira.

Vestía el traje de los domingos, el traje de las fiestas, y se puso furiosa al pensar que todas aquellas galas pudieran quedar ajadas por la lluvia.

Dada esta explicación, los gritos comenzaron de nuevo y con mayor fuerza.

Todos se aproximaron hacia el lugar de donde partieron

las primeras voces, y poco á poco la multitud fué tan compacta en aquel sitio, que aun al mismo viento costábale trabaje pasar entre ella.

En medio de este grupo, casi ahogado por él, luchaba un joven de unos veinte años, á quien era fácil de reconocer por un estudiante disfrazado.

Pálidas las mejillas y blancos los labios, pero cerrados los puños, parecía esperar que algunos de los que le rodeaban, más valientes que los otros, en vez de contentarse con gritar pusieran la mano sobre él, para derribar al que se encontraba bajo las dos mazas de armas que formaban sus apretados puños.

Era un joven rubio, alto, delgado, con el aire de una de aquellas mujeres galantes disfrazadas de hombre de quienes hablamos hace poco; sus ojos, cuando estaban inclinados, debían indicar un candor extraordinario, y si la Humildad hubiera podido tomar faz humana, no hubiera elegido otro tipo que el del rostro de aquel joven.

¿Qué crimen podía haber cometido para que toda aquella multitud le rodease y para que todos aquellos brazos se extendiesen con la intención de arrojarle al agua?

II

DONDE QUEDA EXPLICADO POR QUÉ CUANDO LLUEVE EL DÍA DE
SAN MEDARDO LLUEVE CUARENTA DÍAS DESPUÉS

Lo hemos dicho en el capítulo anterior: era hugonote y había anunciado que iba á llover.

El joven, que parecía estar esperando un amigo ó una amiga, se paseaba junto á la orilla del río.

De tiempo en tiempo se detenía y miraba el agua, después miraba la pradera, y cuando había mirado lo suficiente lo uno y lo otro, alzaba los ojos y miraba al cielo.

Esto podría decirse que era muy monótono, mas no tenía nada de ofensivo; pero á algunos que celebraban la fiesta de *Landi* á su manera, no les pareció bien que aquel joven la celebrase á la suya.

Buen rato se pasó así, y muchos artesanos, comerciantes

y estudiantes comenzaron á mostrar su disgusto, disgusto que fué tomando creces al ver que el joven no fijaba su atención en ellos.

—Yo no soy curiosa, decía una mujer, pero me agradaría saber por qué ese joven está mirando sucesivamente el agua, la tierra y el cielo.

—¿Lo quieres saber, Perrette de mi alma? dijo un joven que bebía galantemente el vino en el vaso de la dama y el amor en sus ojos.

—Sí, Landry, y yo daré de muy buena gana un fuerte beso á aquel que me lo diga.

—Pues por recompensa semejante, quisiera yo que pudieses una cosa más difícil.

—Yo me contento con eso.

—¿Lo juras?

—Aquí tienes mi mano.

Landry besó con efusión aquella mano que se le tendía, y se levantó diciendo:

—Vas á saberlo.

Landry se dirigió al solitario estudiante, y con la mayor cortesía le dijo:

—¿Sabéis, caballero, que me sorprende ver la atención con que estáis mirando la pradera? ¿Es que habéis perdido algo?

El interrogado se volvió al que le hablaba, se quitó el sombrero, saludando cortesmente, y repuso:

—Habéis padecido un error, caballero; no miraba la pradera, sino el río.

Y pronunciadas estas palabras, saludó de nuevo y se volvió de espaldas.

Landry quedóse un tanto desconcertado porque no esperaba una contestación tan fina y tan seca al mismo tiempo.

Dirigióse hacia donde estaba Perrette y sus amigos, rasándose la oreja.

—¿Qué hay? le preguntó Perrette.

—Que nos habíamos engañado; que no mira la pradera.

—Pues ¿qué mira entonces?

—El río.

Una carcajada general acogió la contestación de Landry, que no pudo menos de sentir el rostro enrojecido de vergüenza.

—¿De modo que no le habéis preguntado por qué miraba el río? dijo la caprichosa joven.

—No, respondió Landry; me ha parecido tan atento que he temido cometer alguna indiscreción.

—Dos besos á quien vaya á preguntarle por qué mira el río.

Tres ó cuatro jóvenes se pusieron de pie.

Pero Landry indicó que una vez que él se había hecho cargo de aquella misión, él únicamente debía desempeñarla, y como se creyó justa su reclamación, volvieron los demás á su anterior postura y él se dirigió hacia el desconocido.

—¿Podrías decirme, caballero, le preguntó, por qué miráis tan atentamente el río?

El interpelado saludó cortesmente como la vez primera, y con la mayor finura contestó:

—Perdonad, caballero, no miraba el río, estaba mirando el cielo.

Y dicho esto saludó de nuevo y se volvió á otro lado.

Pero Landry, despechado por esta segunda respuesta más todavía que por la primera, consideró comprometido su honor, con mayor motivo escuchando las carcajadas de sus compañeros, y haciendo acopio de valor tocó al joven en el hombro, diciéndole:

—¿Y querréis hacerme la gracia de decirme por qué miráis al cielo?

Detúvose el desconocido, miró al que le interrogaba, y le preguntó:

—¿Y vos querréis hacerme la merced de manifestarme la razón de vuestras preguntas?

—Voy á explicarme francamente con vos.

—Tendré en ello un verdadero placer, caballero.

—Os he preguntado esto porque tanto á mi como á las personas que me acompañan nos ha sorprendido veros hace más de una hora quieto en un mismo sitio y haciendo idénticos movimientos.

—Voy á satisfaceros, repuso el estudiante. Estoy fijo en un sitio porque espero á uno de mis amigos; estoy de pie porque así lo verá venir de más lejos, y como veo que tarda y me canso de esperar, la misma contrariedad que experimento me hace dar algunos paseos, y miro al suelo para no estropear mi calzado con los guijarros de que está esmaltada la pradera, miro después el río para distraerme de mirar la tierra, y, finalmente, miro el cielo cansado ya de mirar la tierra y el agua.

Landry, en vez de aceptar esta explicación sencillamente por lo que era en sí, se creyó burlado y se puso rojo como las amapolas que se destacaban á lo lejos entre los campos de trigo.

—¿Y vais á estar mucho tiempo, insistió con aire provocativo, entregado á esa desagradable ocupación?

—Permaneceré hasta que llegue mi amigo, por más que no creo que pueda esperarle mucho tiempo, terminó el joven mirando al cielo.

—¿Y por qué no le esperaréis?

—Porque va á caer tal aguacero, que ni vos, ni yo, ni nadie podrá permanecer aquí dentro de un cuarto de hora.

—¿Que va á llover, decís? exclamó Landry creyendo que el desconocido se burlaba de él.

—Va á diluviar, contestó tranquilamente el interrogado.

—Tenéis gana de reír, sin duda.

—Puedo aseguraros que no.

—Entonces tratáis de burlaros de mí, repuso Landry exasperado.

—Os juro que tengo muy pocas ganas de reír.

—Entonces ¿por qué me decís que va á llover cuando hace un tiempo tan hermoso?

—He dicho que va á llover, por tres razones.

—¿Tendríais la bondad de decírmelas?

—Si esto puede seros agradable...

—Desde luego.

El joven saludó con un aire que significaba que, tratándose de una persona tan amable, no podía rehusarle nada.

—Estoy esperando vuestras tres razones, dijo Landry rechinando los dientes y apretando los puños.

—La primera, caballero, dijo el desconocido, es que como no ha llovido ayer, es fácil que lo haga hoy.

—Caballero, esa es una burla que no puedo...

—Os suplico que tengáis calma.

—Veamos, veamos la segunda razón.

—La segunda es que el cielo ha estado cubierto toda la noche pasada, toda la mañana y lo está todavía en este instante.

—¿Y porque esté cubierto el cielo creéis que pueda llover?

—Cuando menos es una probabilidad.

—Veamos vuestra tercera razón, y debo preveniros que, si no me satisface, me incomodaré.

—Si os incomodáis, probaréis con ello que tenéis un carácter detestable.

—¡Ah! ¿conque llamáis detestable á mi carácter?

—He hablado en condicional, no en presente.

—¡La tercera razón, caballero, la tercera razón!

El joven extendió la mano.

—La tercera razón, dijo, es que está lloviendo ya, caballero.

—¿Pretendéis que llueve?

—No lo pretendo, sino que lo afirmo.

—¡Esto es intolerable! dijo Landry fuera de sí.

—Lo será dentro de poco, repuso el desconocido.

—¿Y creéis que yo soportaré esto? exclamó el pretendiente de Perrette temblando de cólera.

—Yo creo que ni vos ni yo lo soportaremos, contestó el estudiante; y si queréis seguir mi consejo, lo que debéis hacer es buscar un abrigo.

—Esto es ya demasiado, dijo Landry volviéndose hacia sus amigos.

Después, mirando á las personas que le rodeaban, gritó:

—¡A ver, acercaos aquí todos!

—¿Qué sucede? preguntaron las mujeres sorprendidas.

—¿Qué pasa? añadieron los hombres, con aspecto poco tranquilizador.

—Pasan cosas increíbles, repuso Landry aumentando su audacia al sentirse sostenido.

—¿Qué cosas son esas?

—Que este caballero pretende hacerme ver las estrellas en pleno día.

—Estáis en un error, caballero, repuso el desconocido con la mayor amabilidad; he dicho, por el contrario, que estaba nublado.

—Eso es una figura, señor estudiante, repuso Landry, ¿lo entendéis? es una figura.

—En ese caso es una mala figura.

—¿Habéis dicho que yo tengo mala figura? exclamó el joven exasperado. Eso es demasiado fuerte, señores; ya lo veis, este hombre se burla de nosotros.

—Se burla de vos, dijo una voz.

—De mí como de todos nosotros; es un mal compañero que se divierte pensando en lo malo y deseando que llueva para mortificarnos.

—Pero caballero, yo os juro que no deseo que llueva, puesto que me mojaría lo mismo que los demás y un poco más que vos, porque soy bastante más alto.

—Eso es decir que yo soy bajo.

—No lo he dicho, caballero.

—¿Un enano?

—Eso sería una injuria gratuita, puesto que tenéis cerca de cinco pies.

—¡No sé cómo me contengo para no arrojarte al agua! gritó Landry.

—Así, ¡al río! ¡al río! dijeron muchas voces.

—Cuando vos me arrojéis al río, dijo el estudiante con su habitual cortesía, creedme que vos también estaréis muy mojado.

Y como el joven demostró con esta respuesta que era más discreto que la generalidad, todos se volvieron contra él.

Un mocetón se le aproximó, y mitad burlón, mitad amenazador, dijo:

—Vamos, señor gracioso, ¿por qué dices que llueve en este momento?

—Porque he sentido las gotas.

—Chispear, gritó Landry, no es un diluvio como él ha dicho hace poco.

—¿Es que estás en inteligencia con algún astrólogo? dijo el mocetón.

—No estoy en inteligencia con nadie, caballero, contestó el estudiante, que empezaba á incomodarse; ni aun con vos, que me estáis tuteando.

—¡Al agua! ¡al agua! dijeron muchos.

Entonces fué cuando el estudiante, sintiendo que la tempestad se aproximaba, cerró los puños y se preparó para la lucha. El círculo iba estrechándose á su alrededor.

—¡Toma! dijo uno de los recién llegados, si es Medardo.

—¿Quién es Medardo? preguntaron otros.

—Es el santo cuya fiesta se celebra hoy, contestó un gracioso.

—Sí, pero éste no es santo, repuso el que le había reconocido; es un hereje.

—¿Un hereje? dijeron algunos; ¡al agua con él! ¡al agua el hugonote!

Y todas las voces repitieron á coro: UNIVERSIDAD DEL NUEVO LEÓN

—¡Al agua! ¡al agua!

Estos eran los gritos que acababan de interrumpir la fiesta que estábamos describiendo.

Pero en este momento, como si la Providencia quisiera enviar al joven el socorro de que parecía estar tan necesitado, el amigo que esperaba, apuesto caballero de veintidós á veintitrés años, que por su alta apostura parecía un gentil-hombre y por su aspecto extranjero, se acercó precipitadamente, y penetrando por en medio de la multitud, se encontró á veinte pasos de su amigo en el momento que éste, cogido por delante, por la espalda, por los pies, por la cabeza, luchaba desesperadamente.

—¡Defiéndete, Medardo! gritaba el recién llegado; ¡defiéndete!

—Ya veis como es Medardo, gritó el que antes le había reconocido.

Y como llevar este nombre era sin duda un crimen, la multitud gritó:

—¡Sí! ¡sí! ¡Es Medardo! ¡Medardo al agua! ¡Que muera el hereje! ¡al agua el hugonote!

—Pero ¡cómo un hereje tiene la audacia de llevar el nombre de un santo! dijo Perrette.

—¡Al agua el sacrílego!

Y los que habían cogido al pobre Medardo, le empujaban hacia la orilla.

—A mí, Roberto! gritó el joven, comprendiendo que no podía resistir á la multitud y que la muerte iba á poner término á la broma.

—¡Al agua el tunante! gritaban las mujeres, tan apasionadas en el odio como en el amor.

—¡Defiéndete, Medardo! gritó segunda vez el extranjero sacando la espada; ¡aquí me tienes!

Y dejando caer su espada de plano á derecha é izquierda sobre la multitud, se dejó resbalar sobre el talud como una avalancha.

Pero llegó un momento en que el gentío era tan espeso, que para romper la masa viviente eran inútiles sus esfuerzos.

La muchedumbre recibía sus golpes, se quejaba, pero no le dejaba paso.

El recién llegado, á quien su acento extranjero hacía reconocer como escocés, golpeaba siempre, pero no avanzaba; y si alguna ventaja conseguía era tan pequeña, que habría

tiempo para que muriese su amigo antes que él pudiera llegar á su lado.

Una veintena de labradores y algunos bateleros que andaban por allí se mezclaron también en la pelea, y aun cuando el pobre Medardo se defendía de todos á mordiscos y á puntapiés, cada segundo se aproximaba más á la orilla.

El escocés no percibía más que los gritos de su amigo, y aun cuando él no gritaba, rugía de ira, y á cada rugido el plano de su espada ó el puño caían sobre una cabeza.

De repente se dobló la gritería. Después hubo un momento de silencio, y, finalmente, se percibió el ruido de un cuerpo pesado que caía en el agua.

—¡Ah! ¡bribones, canallas, asesinos! gritó el joven tratando de abrirse paso hasta la orilla para salvar á su amigo ó morir con él.

Pero esto fué imposible. Más fácil hubiera sido derribar un muro de granito que romper aquella muralla humana.

Retrocedió con las ropas en desorden, apretados los dientes, llena de espuma la boca y de sudor la frente, tratando de ganar la cima del talud para ver si por encima de la multitud distinguía la cabeza del pobre Medardo reaparecer en el agua.

Allí, apoyado sobre su espada, no viendo aparecer á nadie, dirigió sus ojos hacia el furioso populacho, mirando con disgusto aquella asquerosidad humana.

De este modo, sólo, pálido, y con su traje negro, se asemejaba al ángel exterminador reposando un instante con las alas replegadas.

Pero al cabo de un momento, la cólera, que hervía en su pecho como la lava en un volcán, subió abrasadora hasta sus labios.

—¡Tunantes! gritó, ¡asesinos! ¡miserables! que os habéis reunido cuarenta para asesinar, para arrojar al agua, á un pobre mozo que no os había hecho daño alguno! venid, si tenéis valor, á luchar conmigo! ¡Sois cuarenta, venid todos, que juro mataros uno después de otro, como perros cobardes que sois.

Las personas á quienes se dirigía esta significativa invitación no dieron muestras de estar dispuestas á arrostrar las consecuencias de un combate al arma blanca con un hombre que parecía manejar la espada de un modo tan magistral.

El escocés, viendo que nadie le respondía, envainó desdenosamente el arma.

—Sois tan cobardes, prosiguió extendiendo la mano hacia ellos, como viles asesinos; pero yo vengaré su muerte como merecéis, ya que no sois dignos de la espada de un caballero. ¡Atrás, miserables villanos! y quiera Dios que el agua y el granizo sequen vuestros viñedos y destruyan vuestras cosechas por espacio de tantos días como vosotros os habéis reunido para matar á un hombre solo.

Y como no era justo que aquel asesinato quedara impune, descolgó de su cintura un pedreñal, y disparando al azar sobre la multitud, dijo:

—¡Al que Dios quiera!

Sonó el disparo, silbó la bala, y uno de los que acababan de arrojar al agua á Medardo, lanzó un grito, se llevó la mano al pecho, vaciló, y cayó herido mortalmente.

—Ahora adiós, dijo, ya oiréis hablar alguna vez de mí. Me llamo Roberto Stuart.

Al decir estas palabras, las nubes, que habían ido ennegreciéndose desde la víspera, aumentaron su densidad, y conforme había predicho el desgraciado Medardo, cayó una de esas lluvias torrenciales, como hacía tiempo no se presenciara.

El joven caballero se retiró lentamente.

Los labradores se hubiesen infaliblemente lanzado sobre él viendo que sus maldiciones se realizaban tan pronto; pero el ruido de la tempestad, que parecía anunciar el último día de la creación, el agua, que caía á torrentes, y los relámpagos que les deslumbraban, les preocupaban mucho más que el deseo de venganza, y la dispersión fué general.

En un instante la pradera del río, invadida poco antes por una alegre multitud, se quedó tan desierta como las orillas de uno de aquellos caudalosos ríos del nuevo mundo que acababa de descubrir el navegante genovés.

La lluvia cayó durante cuarenta días sin cesar, y por esta razón creemos, queridos lectores, que cuando llueve el día de san Medardo llueve también cuarenta días después.

III

LA POSADA DEL «CABALLO ROJO»

No nos entretendremos en decir á nuestros lectores dónde se refugiaron las cincuenta ó sesenta mil personas que asistían á la fiesta del *Landi*, y que, sorprendidas inopinadamente por aquel nuevo diluvio, buscaban un abrigo en las barracas, en las casas, en las tabernas y hasta en la misma basilica real.

En la época en que hablamos, apenas si habría en la ciudad de Saint-Denis cinco ó seis posadas, y de tal modo se vieron invadidas en un instante, que muchos de los que entraban volvían á salir, prefiriendo afrontar los rigores de la lluvia á morir asfixiados bajo techado.

La única posada que estaba casi vacía, debiendo este favor á su situación aislada, era la del *Caballo rojo*, situada en medio de la carretera, á dos tiros de arcabuz de la ciudad.

Tres personas habitaban momentáneamente la gran sala ahumada, denominada enfáticamente *sala de los viajeros*, y que, exceptuando la cocina y un granero que servía de alcoba á los arrieros y trajinantes, constituía toda la posada.

La luz entraba por la puerta, que llegaba hasta el techo, el cual estaba formado por una arcada sostenida por pilares.

Como en las vigas que cruzaban por debajo de los arcos, veíanse sobre el suelo multitud de animales domésticos, como perros, gatos, gallinas y patos, revoloteando durante el día las golondrinas y por la noche los murciélagos.

En cuanto á los muebles de esta sala se limitaban á los indispensables en una posada: unas cuantas mesas que cojeaban y sillas y taburetes en no mejor estado.

Las tres personas que ocupaban esta habitación eran el posadero, su mujer, y un viajero de unos treinta á treinta y cinco años.

El posadero, de quien en su calidad de dueño de la casa debemos ocuparnos en primer término, estaba sentado á caballo delante de la puerta en una silla de enea, y con la barba apoyada en el respaldo, murmuraba contra el mal tiempo.

La posadera, un poco retirada de su marido á fin de aprovechar más la luz, hilaba en la rueca, mojando con sus labios el hilo que retorcia entre sus dedos.

El viajero, en vez de buscar la luz, por el contrario, estaba en el ángulo más retirado de la habitación, vuelto de espaldas á la puerta, y parecia que prestaba toda su atención al cubilete y á la botella colocados delante de él.

Sin embargo, el codo apoyado sobre la mesa y la cabeza en la mano, el vaso vacío y la botella llena, demostraban perfectamente que preocupaciones más serias le dominaban.

—¡Maldito tiempo! murmuraba el posadero.

—¿Te quejas ahora? le dijo su mujer. ¿No lo pediste antes?

—Es verdad, pero no supe lo que decia.

—Entonces no te quejes.

El posadero, al escuchar esta contestación tan poco consoladora, pero lógica, inclinó la cabeza lanzando un suspiro.

El silencio duró algunos segundos.

Al cabo de ellos, el posadero volvió á levantar la cabeza y murmuró otra vez:

—Vaya un tiempo endemoniado.

—Ya lo has dicho antes, repuso su mujer.

—Pues lo repito ahora.

—Y aun cuando lo repitas hasta la noche, ¿vas acaso á cambiarlo?

—Ya lo sé, pero me desahogo maldiciéndole.

—¿Por qué no maldices también á la Providencia?

—Si yo creyera que ella era la que enviaba este tiempo... Y el posadero se detuvo.

—Blasfemarias contra ella, ¿no es eso? Vamos, hazlo.

—No, porque...

—¿Por qué?

—Porque soy un buen cristiano y no un perro hereje.

Al escuchar estas palabras, el viajero, que se encontraba, como hemos dicho, en el interior de la sala, pareció salir de su meditación, levantó la cabeza, y dió tal golpe sobre la mesa con el vaso, que éste quedó aplastado y el jarro se tambaleó.

—¡Voy, voy! dijo el posadero saltando sobre su silla como el jarro había saltado sobre la mesa. ¡Voy al punto, señor!

El caballero hizo girar la silla sobre uno de sus pies,

encontrándose, por efecto de este movimiento, frente al posadero que se había acercado á la mesa.

—¿Sois vos, le dijo el desconocido sin alzar la voz pero con el entrecejo fruncido, quien acaba de pronunciar esas palabras de *perro hereje*?

—Sí, señor, contestó el interpelado un tanto confuso.

—Pues si habéis sido vos, mal posadero, sois un animal y merecáis que os arrancase las orejas.

—Perdón, caballero; yo ignoraba que pertenecierais á la religión reformada, repuso el posadero con voz temblorosa.

—Esto os probará, grandísimo tunante, que un posadero, que debe estar bien con todo el mundo, ha de meterse la lengua en el bolsillo, porque creyendo hacer un favor á un pícaro perro católico, podéis hacer un disfavor á un honrado discípulo de Lutero ó de Calvino.

Y al pronunciar estos nombres, quitóse el desconocido el sombrero.

El posadero se quitó la gorra, pero el misterioso personaje se encogió de hombros, diciendo:

—Vamos, traed otro jarro de vino, y que no vuelva á oiros pronunciar la palabra hereje, si no queréis que os atraviase el vientre como si fueseis una alimaña, ¿lo entendéis, amigo?

El posadero se retiró andando de espaldas, y fué á la cocina en busca del vino pedido.

Durante este tiempo, el caballero recobró su anterior postura, volviendo la espalda á la puerta, encontrándole ya de este modo el tabernero al poner el jarro sobre la mesa.

El desconocido, sin decirle una palabra, cogió el cubilete de estaño aplastado por la fuerza del golpe que recibiera, y se lo entregó para que lo cambiase por otro.

El posadero hizo un gesto que significaba: «¡demonio! ¡Dios nos libre de tus manos!», y fué á reemplazar un vaso por otro.

—Así me gusta, dijo el caballero.

El posadero se sonrió lo más afablemente que pudo, y fué á reunirse con su mujer.

—¿Qué quería? le preguntó ésta, que, como habían hablado en voz baja, no se pudo enterar de las palabras que entre ellos mediaron.

—¿Quieres saberlo?

—Desde luego.

—Pues me ha prodigado los mayores elogios, sobre todo respecto al vino; que teníamos muy buen servicio, y que se extrañaba que una posada como ésta no estuviera más concurrida.

—Y tú ¿qué le has contestado?

—Que ese tiempo tan perro tenía la culpa de todo.

En el momento que el posadero por tercera vez se quejaba del tiempo, la Providencia, como para desmentirle, hizo que apareciesen á la vez, procedentes de caminos distintos, dos nuevos consumidores, á pie el uno y á caballo el otro.

El primero, que tenía el aspecto de un aventurero, llegaba por el camino de la izquierda, ó sea el de París, mientras que el jinete, que vestía el traje de los pajes, llegaba por el camino de la derecha, ó sea por el de Flandes.

Al penetrar por la puerta de la posada, los pies del aventurero se encontraron bajo los del caballo, obligándole á palidecer y á lanzar un juramento.

El acento con que lo pronunció revelaba á la legua que era gascón.

El paje, que era un jinete de primera fuerza, hizo describir una media vuelta al caballo, y, saltando á tierra, se precipitó hacia el herido, diciéndole con acento verdaderamente afectuoso:

—¡Oh! mi capitán, ¡cuánto siento lo que ha sucedido!

—¿Sabéis, señor paje, le dijo el gascón, que por poco si me aplastáis?

—Y podéis creer que tengo un verdadero pesar.

—Pues consolaos, mi joven paje, respondió el capitán haciendo un gesto que demostraba el dolor que sentía; consolaos, porque acabáis de hacerme un gran favor que no sé de qué modo agradecereros.

—¿Un favor?

—Enorme.

—¿Y cómo es eso, Dios mío? preguntó el paje, advirtiendo en los movimientos nerviosos de su interlocutor que estaba haciendo grandes esfuerzos para no quejarse en lugar de sonreír.

—Muy sencillo, repuso el capitán. Hay dos cosas que me mortifican soberanamente en este mundo: las mujeres viejas

y las botas nuevas. Desde esta mañana estoy embutido en estas botas, con las cuales he venido desde París aquí. Buscaba un medio expeditivo de romperlas, cuando vos, ó vuestro caballo, mejor dicho, ha realizado este milagro para vuestra gloria eterna. En su consecuencia, os ruego que en cualquier ocasión dispongáis de mi persona, puesto que os estoy muy agradecido.

—Caballero, dijo el paje inclinándose, sois un hombre de talento, lo que no me sorprende desde el momento que escuché el juramento con que me saludasteis; sois muy cortés, lo que tampoco me sorprende adivinando que sois un caballero, y acepto cuanto me ofrecéis, poniéndome á mi vez á vuestro servicio.

—¿Creo que tratáis de deteneros en esta posada?

—Sí, señor, por algunos instantes, respondió el joven atando su caballo á una anilla de hierro empotrada en la pared, operación que el posadero le vió realizar lleno de alegría.

—Y yo también, dijo el capitán. Vamos, tabernero del diablo, tráete vino y del mejor.

—Al momento, señores, repuso el tabernero dirigiéndose á la cocina.

Cinco segundos después reapareció con dos jarros y dos cubiletes, que puso sobre una mesa inmediata á la que ocupaba el desconocido de quien hablamos anteriormente.

—Decid, posadero, preguntó el paje con una voz dulce y suave como la de una mujer, ¿tenéis en vuestra posada una habitación á propósito para que pueda descansar una dama siquiera un par de horas?

—No tenemos más que esta sala, contestó el tabernero.

—¡Ah demonio! poco agradable es esto.

—¿Conque esperáis una mujer, señor paje? dijo misteriosamente el capitán pasando la lengua por entre sus labios y recogiendo la punta de su mostacho, que empezó á morder.

—No es una mujer para mí, señor capitán, respondió gravemente el joven. Es la hija de mi noble señor el mariscal de Saint-André.

—¡Hola! ¡Por Dios vivo que me felicito por vos! ¿Conque estáis al servicio del ilustre mariscal de Saint-André?

—Tengo esa honra, caballero.

—¿Y creéis que el mariscal va á detenerse aquí en esta mala posada? ¿Os imagináis eso, señor paje?

—Le es muy necesario. Hace quince días que el señor mariscal está enfermo en el castillo de Villers-Cotterets, y como no podía regresar á París á caballo para asistir al torneo del día 29 por las bodas del rey Felipe II con la princesa Isabel y de la princesa Margarita con el duque Manuel Filiberto de Saboya, M. de Guisa, cuyo castillo es vecino al de Villers-Cotterets...

—¡Cómo! ¿M. de Guisa tiene un castillo en las inmediaciones de Villers-Cotterets? interrumpió el capitán queriendo demostrar que conocía bien aquellos alrededores, ¿de dónde habéis sacado ese castillo, amigo mío?

—De Nanteuil-de-Haudouin, capitán. Es una adquisición que acaba de hacer para encontrarse en el camino que sigue el rey cuando va y viene á Villers-Cotterets.

—¡Ah! ¡y! contestó el capitán sonriendo. Eso está bien jugado.

—¡Oh! dijo el paje sonriendo, no es la inteligencia lo que falta á ese jugador.

—Ni el juego, añadió el capitán.

—Decía, prosiguió el paje, que M. de Guisa ha enviado un coche al mariscal á fin de que pueda venir con más comodidad; pero por suave que sea el movimiento del carruaje y por despacio que vengan los caballos, el señor mariscal está fatigado, y la señorita Carlota de Saint-André me ha hecho adelantarme para buscar una posada donde su padre pueda reposar algunos momentos.

Al escuchar estas palabras, pronunciadas en la mesa inmediata á la suya, el primer caballero, que no toleraba se hablase mal de los hugonotes, pareció que prestaba gran interés á lo que oía.

—¡Por la cruz de Dios! dijo el gascón, os juro que si conociese en dos leguas á la redonda una habitación digna de recibir á esos dos capitanes, no cedería á nadie, aunque fuese mi padre, el honor de conducirles á ella; pero desgraciadamente, no conozco ninguna.

El caballero hugonote hizo un movimiento que hubiera podido tomarse por un signo de desprecio, cuyo movimiento llamó la atención del capitán.

—¡Ah! exclamó éste.

Y levantándose saludó al hugonote con una política afectada, y cumplido este deber volvió al lado del paje.

El hugonote se levantó como había hecho el gascón,

saludó con sequedad, y después volvió la cabeza hacia la pared.

El capitán echó de beber al paje, añadiendo:

—Conque deciais, señor paje, que estáis al servicio del ilustre mariscal de Saint-André, el héroe de Cerisolas y de Renty... Yo estaba en el sitio de Bolonia, amigo mío, y vi los esfuerzos que hizo para penetrar en la plaza. Ahí tenéis uno que no ha robado su título de mariscal.

Y se detuvo como si reflexionase.

—¡Cuerpo de Dios! dijo después; ahora que pienso: he llegado de Gascuña, abandonando el castillo de mis padres para ponerme al servicio de algún príncipe famoso ó de un capitán ilustre. Decidme, amigo mío, ¿no habría en la casa del mariscal de Saint-André alguna plaza que pudiera ocupar dignamente un valiente oficial como yo? No seré exigente respecto á la paga, y con tal de que no se me den viejas que distraer ni botas nuevas que estrenar, estoy seguro de desempeñar á satisfacción de mi señor el cargo que me confie.

—¡Ay, capitán! repuso el paje, heme aquí profundamente contrariado. Desgraciadamente la casa del señor mariscal está completa, y dudo que, aun queriéndolo, pudiera aceptar vuestra oferta.

—¡Demonio! tanto peor para él, porque puedo vanagloriarme de ser inapreciable para las personas que me empleen. Pero, en fin, ¿cómo ha de ser! supongamos que no he dicho nada y bebamos.

El paje había cogido el vaso para complacer al capitán, cuando de repente hizo un movimiento, escuchando, y dejó el vaso sobre la mesa, exclamando:

—Perdón, capitán; pero he creído oír el ruido de un coche, y, como éstos son tan raros todavía, me parece, sin temor de equivocarme, que es el del señor duque de Guisa. Permitidme que me separe de vos algunos momentos.

—¡Id, señor paje, repuso enfáticamente el capitán; el deber es antes que todo.

El permiso que el paje había pedido fué por pura cortesía, porque antes que el capitán le respondiera, había salido precipitadamente de la posada, desapareciendo por el ángulo que formaba el camino.

IV

LOS VIAJEROS

El capitán aprovechó esta ausencia para reflexionar, y para absorber, reflexionando, el jarro de vino que tenía delante.

Vació el primer jarro, pidió un segundo.

Después, como si el objeto de la reflexión le hubiese faltado, ó que esta operación del entendimiento no se realizase en él sin un penoso esfuerzo á causa de la falta de costumbre, volvió la cabeza hacia el lado del hugonote, y saludándole con aquella política afectada de que dió pruebas anteriormente, le dijo:

—A fe mía, caballero, que me parece estoy saludando á un compatriota.

—Os engañáis, capitán, respondió el interpelado, porque, si no me engaño, vos sois de Gascuña, mientras que yo soy del Angoumois.

—¡Ah! sois del Angoumois, exclamó el capitán con acento de sorpresa; me alegro mucho.

—¿De veras, capitán, esto os agrada? preguntó el hugonote.

—¡Ya lo creo! y permitidme que os felicite por ello. Magnífico país, fértil, surcado por encantadores arroyuelos. Los hombres descuellan por su valor, y testigo de ello el difunto rey Francisco I, y las mujeres por su talento, testigo Margarita de Navarra. Puedo aseguraros, caballero, que si yo no hubiese nacido en Gascuña, habría querido nacer en Angoumois.

—Eso es hacer demasiado honor á mi provincia, caballero, y no sé de qué manera agradeceréoslo.

—Nada más fácil de probarme ese reconocimiento que acabáis de otorgar á mi franqueza. Hacedme el honor de brindar conmigo á la gloria y á la prosperidad de vuestros compatriotas.

—Con verdadero placer, capitán, dijo el hugonote, transportando su jarro y vaso á la mesa donde estaba el gascón.

Después de brindar por la gloria de los hijos del Angou-

mois, el gentilhombre hugonote, para que no se le pudiera acusar de falta de cortesía, propuso un brindis á la prosperidad y á la gloria de los hijos de Gascuña.

Cumplido este deber de cortesía, el caballero de Angoumois cogió su vaso y el jarro disponiéndose á regresar á su mesa.

—Por Dios, caballero, le dijo el gascón, esto sería interrumpir demasiado pronto nuestro conocimiento. Hacedme la merced de concluir vuestro jarro de vino en esta mesa.

—Temo incomodaros, caballero, dijo friamente el hugonote.

—¿Incomodarme? ¡Nunca! Estoy en la inteligencia de que las mejores y más completas relaciones se hacen á la mesa. ¿No os parece que es muy raro encontrar el verdadero valor de tres vasos en un jarro de vino?

—Efectivamente, caballero, respondió el hugonote, no comprendiendo dónde su interlocutor quería ir á parar.

—Pues bien, hagamos un brindis á cada vaso de vino. ¿Me concedéis este favor?

—Os le concedo.

—Cuando se entienden dos caballeros para desear al mismo tiempo y del fondo del corazón la salud de tres personas, prueba que aquellos dos tienen entendimiento, opiniones y principios semejantes, ¿no es esto?

—Algo hay de verdad en lo que decís, caballero.

—¡Algo! ¡algo! Por el contrario, es la verdad pura.

Después, con su sonrisa más encantadora, continuó:

—Para empezar nuestro conocimiento y para probar á la luz del día la semejanza de nuestras opiniones, permitidme, como primer brindis, que os proponga sea por la salud del ilustre condestable de Montmorency.

El hugonote que, lleno de confianza, había cogido el vaso, volvió á dejarle gravemente sobre la mesa.

—Dispensadme, capitán, dijo, pero respecto á ese caballero me es imposible complaceros. M. de Montmorency es mi enemigo personal.

—¿Vuestro enemigo personal?

—Tanto como un hombre de su posición puede serlo de una persona de la mía; tanto como el grande puede ser enemigo del pequeño.

—¿Vuestro enemigo personal habéis dicho? En ese caso, desde este momento también lo es mío, con mayor motivo,

cuando no le conozco y no tengo por él afecto alguno. Mala reputación, avaro, poltrón, dejándose batir como un imbécil y coger como un tonto. ¿Dónde diablo tuve yo la cabeza para proponeros semejante brindis? Permittedme que tome la revancha ofreciéndooos otro: ¡por la salud del ilustre mariscal de Saint-André!

—Por mi nombre que elegis mal, capitán, respondió el hugonote volviendo á dejar el vaso sobre la mesa. No bebo á la salud de un hombre á quien no aprecio, de un hombre que está dispuesto á hacerlo todo por los honores ó por el dinero, de un hombre que vendería su mujer ó su hija, como ha vendido su conciencia, si se le diere el mismo precio.

—¡Sangre de Dios! ¿qué me decís? gritó el gascón. ¿Y yo quería beber á la salud de un hombre semejante?... ¿Dónde diablo tenías el talento, capitán? continuó reconviniéndose á sí mismo. Si quieres poseer la estimación de las gentes honradas, no cometas semejantes tonterías.

Después, dirigiéndose al hugonote, prosiguió:

—Desde este momento profeso al mariscal de Saint-André el mismo desprecio que le profesáis. Pero, como no quiero dejaros bajo la impresión del error que he cometido, os propongo un tercer brindis, al cual espero que no podréis negaros.

—Decid, capitán.

—A la salud del ilustre Francisco de Lorena, duque de Guisa, al defensor de Metz, al vencedor de Calais, al vengador de San Quintín y de Gravelinas, al...

—Capitán, dijo el caballero palideciendo, tenéis desgracia conmigo, porque tengo hecha una promesa.

—¿Cuál, caballero? y si yo puedo contribuir á su cumplimiento...

—He jurado que la persona á cuya salud me propusisteis que brindase, ha de morir á mis manos.

—¡Demonio! dijo el gascón.

El hugonote hizo un movimiento para levantarse.

—¡Cómo! dijo el gascón, ¿qué hacéis, caballero?

—El ensayo está hecho; los tres brindis se han propuesto, y como no estamos conformes respecto á las personas, es muy posible que lo estuviésemos mucho menos cuando llegásemos á los principios.

—¡Por Dios trino y uno! que no ha de decirse que dos

hombres hechos para entenderse se han separado por personas á quienes no conozco, porque yo no conozco ni al duque de Guisa, ni al mariscal de Saint-André, ni al condestable de Montmorency. Supongamos que yo he tenido la imprudencia de querer brindar por tres grandes diablos, Satán, Lucifer y Astaroth, y vos me habéis hecho observar al tercer brindis que me estoy condenando. Entonces retrocedo, y heme aquí en el punto de donde he partido, y como nuestros vasos están llenos, vamos á beber, si os place, á nuestra salud respectiva. ¡Que Dios os conceda muchos y gloriosos días, caballero! esto es lo que deseo con todo mi corazón.

—Tan lleno de cortesía es vuestro deseo, que yo quiero devolvérosle del mismo modo, capitán.

Y esta vez, el hugonote vació su vaso, siguiendo el ejemplo de su compañero.

—Perfectamente, exclamó el gascón castañeteando la lengua; estamos entendidos completamente; desde este instante podéis disponer de mí como el amigo más leal.

—Igualmente me pongo á vuestra disposición, capitán, respondió el hugonote.

—Tendré una verdadera satisfacción en que llegue un momento de poder seros útil.

—Digo lo mismo.

—¿Sinceramente? preguntó el gascón, mirando fijamente á su interlocutor.

—Sinceramente, contestó éste.

—Pues he aquí que esa ocasión que deseáis con tanta sinceridad, me parece que se os ha presentado ya.

—¿Sería posible?

—¡Por la cruz de Dios! que, ó mucho me engaño, ó la tenéis al alcance de vuestra mano.

—Explicaos.

—Figuraos que yo acabo de llegar de Gascuña, abandonando el castillo de mis padres, donde estaba engordando á ojos vistas, en términos, que mi barbero hubo de recomendarme muchas veces el ejercicio. Por esta razón he venido á París con objeto de entregarme á un ejercicio saludable, como es el de la carrera de las armas. ¿No conocéis en el Angoumois alguna buena plaza que un capitán gascón pueda desempeñar? Puedo aseguraros que cumpliré perfectamente el cargo que se me confie.

—Lo siento mucho, capitán; pero desgraciadamente abandoné muy joven mi país y no conozco á nadie.

—¡Voto á mi nombre, que es desgracia grande la mía! Pero es de suponer que conoceréis, dada vuestra condición, algunas otras personas de diferentes provincias, grandes señores á quienes me podáis recomendar. Impórtame poco que sea más ó menos virtuoso ó que sea más ó menos valiente; yo podré suplir ventajosamente cuanto le falte respecto á este particular.

—Tampoco puedo servirlos en eso, capitán; y creed que lo siento, porque veo que con todo os conformáis y lo aceptaríais todo; pero yo soy un pobre hidalgo como vos, y si tuviera un hermano no sabría cómo hacerlo para que pudiese vivir con el sobrante de mi bolsa ó de mi crédito.

—¡Por vida del buen ladrón! exclamó el capitán, que estoy de completa desgracia. Pero como comprendo que vuestra intención es buena, prosiguió levantándose y abrochando la hebilla de su espada, mantengo lo dicho y me consideraré muy honrado si en algo puedo servirlos.

Y saludando al hugonote, éste, después de corresponder á su saludo, cogió el vaso y el jarro y fué á ocupar su primitiva mesa.

En este momento, la llegada del coche anunciado por el paje produjo en las personas á quienes acabamos de presentar en escena, un efecto completamente distinto.

El caballero del Angoumois, al ocupar la mesa en que le vimos, volvía la espalda á la puerta.

El capitán gascón permaneció de pie, como convenía á un hidalgo ante los ilustres personajes anunciados por el paje, y el posadero y su mujer se precipitaron hacia la puerta á fin de recibir dignamente á los ilustres huéspedes que su buena suerte les proporcionaba.

El paje, que para no manchar sus vestidos por el contacto con el barro que levantaban los cascos de los caballos, se mantenía derecho sobre el triple estribo del carruaje, saltó á tierra y abrió la portezuela.

Un caballero de alta estatura ostentando una larga cicatriz en la mejilla, descendió el primero.

Era Francisco de Lorena, duque de Guisa, conocido por *el Acuchillado*, á consecuencia de la terrible herida que había recibido en Galais.

Llevaba la banda blanca con la franja y las flores de lis

de oro, insignia de su dignidad de general en jefe del ejército; sus cabellos recortados según la moda de la época, estaban cubiertos apenas por la gorra de terciopelo negro con plumas blancas; vestía jubón gris, perla y plata, que era su color favorito, y la trusa y la capa de terciopelo encarnado, y botas altas que podían estirarse hasta el muslo ó descender más abajo de la rodilla.

—Esto es un diluvio, dijo, sentando el pie en medio de los charcos formados delante de la puerta de la posada.

Después, dirigiéndose hacia el interior del carruaje, continuó:

—Es imposible, querida Carlota, que pongáis vuestros lindos pies en medio de este barrizal.

—¿Y qué hacer entonces? preguntó una vocecita dulce y armoniosa.

—Querido mariscal, continuó el duque, ¿me permitís coger á vuestra hija entre mis brazos? Esto me rejuvenecerá catorce años, porque precisamente, querida ahijada, hace ese mismo tiempo que os cogí del mismo modo de vuestra cuna para daros un beso. Vamos, encantadora palomita, continuó, salid de vuestro nido.

Y cogiendo á la joven entre sus brazos, la depositó en el interior de la sala.

El nombre de paloma que el galante duque de Guisa había dado á su ahijada, no era usurpado, porque, efectivamente, no existía un pajarito más blanco, más lánguido, más delicado que aquel que el duque acababa de llevar entre sus brazos y depositar sobre el húmedo suelo de la posada.

La tercera persona que descendió, ó mejor dicho, que intentó descender del coche, era el mariscal de Saint-André.

Llamó á su paje; pero éste, aun cuando apenas estaba separado de él tres pasos, no le oía, absorto como estaba en la contemplación de la encantadora hija de su señor.

—¡Jacobo! ¡Jacobo! gritó el mariscal; ¿no me oyes? ven aquí.

—¡Aquí estoy! gritó el joven volviéndose vivamente al escuchar las últimas palabras del mariscal.

—Ya lo veo, señor paje, dijo el mariscal con acento de mal humor; pero tu sitio no es ese; es aquí, al pie del estribo. Ya sabes que, aun cuando momentáneamente, estoy impedido de moverme, y tienes el deber de ayudarme.

—Perdón, señor mariscal, repuso el paje algo confuso y ofreciendo el hombro á su señor.

—Apoyaos en mí, querido mariscal, dijo el duque ofreciéndole el brazo.

Aceptóle el mariscal, y merced á este doble apoyo pudo hacer su entrada en la posada.

El mariscal de Saint-André tendría en esta época sobre cincuenta años, y su semblante, aun cuando un poco pálido por efecto de la enfermedad sufrida, era muy agradable todavía.

Rubia la barba y el cabello y azules los ojos, comprendíase á primera vista que diez ó doce años antes el mariscal debía haber sido uno de los más apuestos caballeros de su tiempo.

Andando penosamente, fué á dejarse caer en una especie de sofá de paja, que parecía colocado cerca de la chimenea para que le sirviera de descanso.

El sofá estaba en el ángulo opuesto al en que se encontraban el capitán y el hugonote.

El duque ofreció á Carlota la silla sobre la cual hemos visto al posadero sentado al empezar el capítulo anterior, y él tomó asiento en un taburete.

Hizo seña al posadero para que aumentase el fuego de la chimenea, pues aun cuando se estaba en el mes de junio, era tal la humedad, que el fuego se consideraba como un accesorio necesario.

En este momento la lluvia caía con tal violencia, que el agua comenzaba á entrar en la posada por la puerta como por un dique roto ó por una esclusa que se hubiese olvidado de cerrar.

—¡Posadero! gritó el mariscal; cerrad esa puerta si no queréis que aquí nos ahogemos.

El posadero entregó á su mujer el haz de leña destinado al fuego y corrió hacia la puerta para ejecutar la orden del mariscal.

Pero en el momento que reunía todas sus fuerzas para hacer girar la puerta sobre sus goznes, percibió sobre el camino el rápido galope de un caballo.

En su consecuencia, el buen hombre se detuvo, temiendo que si el viajero veía cerrada la puerta, creyese llena ó desierta la posada, y, en una ó en otra hipótesis, se fuese á buscar otra.

—Perdón, señor, dijo dirigiéndose al mariscal; pero me parece que llega otro viajero.

Efectivamente, un caballero se detuvo delante de la posada, saltó del caballo, y abandonando las bridas en manos del posadero, le dijo:

—Llévale á la cuadra y no le escasees un buen pienso.

Y penetrando vivamente en la sala, que no alumbraba todavía el fuego, sacudió su sombrero mojado por el agua, sin comprender que salpicaba á las personas que había cerca de él.

La primera víctima de aquel aspersorio fué el duque de Guisa, que se levantó vivamente y se aproximó al recién llegado, gritando:

—¡Eh! señor descortés, ¿qué estáis haciendo?

A este apóstrofe, el recién llegado se volvió vivamente, y por un movimiento rápido llevó la mano á la empuñadura de su espada.

Sin duda M. de Guisa habría pagado caro el apóstrofe, si más bien que ante la espada no hubiese retrocedido al ver el rostro del caballero.

—¡Cómo, príncipe! ¿sois vos? le dijo.

La persona á quien el duque de Guisa acababa de saludar con el nombre de príncipe, le reconoció inmediatamente.

—Yo mismo, señor duque, repuso no menos sorprendido de verle instalado en aquella posada.

—Se necesita que la lluvia me haya cegado de tal manera para que pudiera tomar á Vuestra alteza por un estudiante del *Landi*.

E inclinándose respetuosamente, continuó:

—Suplico á Vuestra alteza que me dispense.

—Esto no merece la pena de que se recuerde siquiera, duque, dijo el recién llegado con cierto aire de grandeza y superioridad que parecía serle habitual. ¿Y qué casualidad os ha traído por aquí, cuando os creía en vuestro condado de Nanteuil?

—Ahora he llegado.

—¿Por el camino de Saint-Denis?

—Hemos hecho un rodeo para ver, al pasar, la feria del *Landi*.

—¿Vos, duque? Pase que lo haga yo, dada esa frivolidad que constituye la base de mi carácter, según mis amigos; pero el grave, el severo duque de Guisa separándose de su camino para ver una fiesta estudiantil...

—Ya podéis comprender, príncipe, que no he tenido esa

idea; pero venia con el mariscal de Saint-André y su hija, mi ahijada Carlota, que es una caprichosilla, y ha querido ver lo que era esa célebre feria del *Landi*. Nos ha sorprendido la lluvia y no hemos tenido más remedio que refugiarnos aquí.

—¿De modo que aquí está el mariscal?

—Miradle, dijo el duque señalando las dos personas á quienes, si bien el príncipe había distinguido en medio de la semi oscuridad que allí reinaba, no pudo reconocer.

El mariscal hizo un esfuerzo y se levantó apoyándose en el sofá.

—Mariscal, dijo el príncipe dirigiéndose á él, dispensadme si no os he reconocido antes; pero entre esta sala que está oscura como una cueva, ó más bien dicho, entre esta cueva sombría como un calabozo y el agua que me tenía completamente ciego, no os he podido distinguir. Felizmente, señorita, continuó el príncipe dirigiéndose hacia la joven y mirándola lleno de admiración, felizmente, repito, voy recobrando la vista poco á poco, y compadezco con todo mi corazón á los ciegos, porque no pueden contemplar un rostro tan encantador como el vuestro.

Este cumplimiento, lanzado á quemarropa, por decirlo así, hizo enrojecer las mejillas de la joven.

Alzó los ojos para mirar al que acababa de dirigirle la primera lisonja que quizás había escuchado, pero hubo de bajarlos inmediatamente, deslumbrada por el resplandor que despedían las pupilas del príncipe.

No podremos decir cuál fué la impresión que recibió; pero sin duda alguna estaba llena de encanto, porque es muy difícil que una joven de catorce años fijara su mirada en un rostro más agradable que el de aquel caballero de veintinueve años á quien se llamaba príncipe y á quien se saludaba con el título de alteza.

Efectivamente, Luis I de Borbón, príncipe de Condé, era todo un apuesto caballero.

Como hemos dicho, aun no había cumplido los treinta años en la época que da comienzo nuestro relato, pues había nacido el 7 de mayo de 1530.

No era muy alto, pero admirablemente proporcionado; sus cabellos castaños, cortados según la moda de la época, sombreaban una frente donde un frenólogo de nuestra época hubiera encontrado todos los signos de la suprema

inteligencia. Sus ojos, de un azul oscuro, eran de una dulzura y de una ternura indescriptibles, y si las espesas cejas no hubieran endurecido un poco aquel semblante, que suavizaba todavía su barba rubia, se hubiera podido tomar al príncipe por un gentil estudiante recién salido del regazo maternal. Y sin embargo, algunas veces aquellos ojos encantadores, límpidos como el azul del cielo, brillaban con una energía feroz, lo que le hacía comparar por algunos talentos de la época á un río: dulce, si los rayos del sol se reflejaban en él; amenazador y terrible, si la tempestad le agitaba. En una palabra, llevaba impreso en su rostro su carácter dominante, es decir, el valor físico y el deseo de amor llevado al último extremo.

En este momento, gracias á la puerta cerrada y al fuego que ardía en la chimenea, la sala de la posada se iluminó con fantásticos resplandores, esclareciendo de modos diversos y caprichosos los dos grupos que ocupaban el uno el ángulo de la izquierda, y el otro el de la derecha.

De tiempo en tiempo los relámpagos, que se deslizaban por las aberturas superiores, teñían los rostros de reflejos azulados, que daban á los personajes más jóvenes el aspecto de seres fantásticos.

El posadero, viendo la oscuridad que reinaba en la sala, encendió una lámpara, que fué á colocar en la campana de la chimenea sobre el grupo formado por el príncipe de Condé, el duque de Guisa, el mariscal y su hija.

En lugar de disminuir aumentaba la lluvia, y por lo tanto no era posible continuar el viaje.

A la lluvia se unía un viento tan terrible, que la posada se conmovía sobre sus cimientos, y de haber querido seguir el camino hasta París, era muy posible que, carruaje, caballos y viajeros, hubieran sido arrastrados por la tempestad.

Era necesario, por lo tanto, permanecer en la posada mientras durase el terrible huracán.

De repente, en medio de aquel tumulto aterrador de los elementos, al que se unía el de las tejas arrancadas de la techumbre y que el viento arrastraba por el camino ó despedazaba contra las paredes del edificio, se oyó llamar á la puerta, y una voz suplicante que decía:

—¡Abrid, abrid en nombre de Nuestro Señor, abrid!

Al oír llamar, el posadero, que se regocijaba con la lle-

gada de algún otro viajero, se dirigió á abrir la puerta; pero al escuchar la voz se detuvo, diciendo con acento de mal humor:

—Te has equivocado de puerta, vieja hechicera; no es aquí donde has debido llamar.

—¡Abrid, señor posadero! repitió la misma voz angustiada; ¡tened compasión de una pobre vieja que ningún mal os ha hecho!

—Dirigete á otro lado, hija del diablo, respondió el posadero á través de la puerta. Hay aquí compañía demasiado ilustre para ti.

—¿Y por qué? preguntó el príncipe de Condé indignado por la dureza de aquel hombre, ¿por qué no abres la puerta á esa pobre mujer?

—Porque es una hechicera, señor, la hechicera de Audilly; una vieja miserable á quien se debía quemar en medio de la plaza de Saint-Denis, que no sueña más que males y desdichas y no anuncia más que granizos y tempestades. Estoy seguro que habrá querido vengarse de algún pobre labrador y que ella es la causa de este mal tiempo.

—Hechicera ó no, dijo el príncipe, déjala entrar; es indigno dejar á una criatura humana en medio del camino con un tiempo semejante.

—Puesto que Vuestra alteza lo desea, abriré la puerta; pero quiera Dios que Vuestra alteza no se arrepienta después. Por donde pasa esa hereje siempre sucede alguna desgracia.

El tabernero, obligado á obedecer á pesar de su repugnancia, abrió la puerta, y se vió entrar, ó mejor dicho caer, una pobre vieja, con los cabellos grises flotando sobre su espalda, vestida con un traje de lana encarnada destrozado y un manto en el mismo estado que el vestido y tan mojado como él.

El príncipe de Condé, cuyo corazón era tan hermoso como su semblante, se aproximó á la hechicera para ayudarla á levantarse; pero el posadero se interpuso, y poniéndola de pie, la dijo:

—Agradece al señor príncipe de Condé que estés aquí, porque sin él puedes estar bien segura que, por el bien de la ciudad y de sus alrededores, te hubiera dejado morir á la puerta.

La vieja, sin preguntar quién era ni dónde estaba el príncipe, se dirigió resueltamente hacia él, se arrodilló y le besó el ribete de la capa.

El príncipe fijó en la pobre mujer una mirada llena de piedad.

—Posadero, dijo, dale un jarro de vino á esta pobre mujer, y que sea del mejor. Anda, vieja, prosiguió dirigiéndose á la anciana, bebe, que eso te hará entrar en calor.

La hechicera fué á sentarse ante una de las mesas colocadas en el fondo de la sala, encontrándose de este modo frente á la puerta de entrada, teniendo á su derecha el grupo de los príncipes, del mariscal y de su hija, y á su izquierda el del capitán gascón, el caballero hugonote y el paje.

El caballero había caído en una meditación profunda; el paje estaba extasiado en la contemplación de los encantos de Carlota, y únicamente el capitán gascón estaba en completa libertad para observar cuanto pasaba á su alrededor.

Pensando que aquella vieja, aun cuando no fuese hechicera más que en una décima parte de lo que el tabernero había supuesto, podía servirle de luz para guiar sus pasos en busca de la condición que en vano había pedido al hugonote y al paje, saltó por encima de su banco y fué á colocarse delante de la hechicera, que con una satisfacción extraordinaria acababa de beberse el primer vaso de vino.

Con la mano izquierda en la empuñadura de su espada é inclinada la cabeza sobre el pecho, fijando en la vieja su mirada escrutadora, la dijo:

—¡Hola, hechicera! ¿es verdad que tú lees en el porvenir?

—Con la ayuda de Dios, caballero, algunas veces.

—De modo que tú podrías decirme mi horóscopo.

—Si lo deseáis...

—Ya se ve que lo deseo.

—Entonces estoy á vuestras órdenes.

—Pues ahí tienes mi mano. Digo, creo que es en la mano donde vosotras, las hechiceras, leéis el destino, ¿no es eso?

—Sí, señor.

La vieja, con sus manos descarnadas y negras, cogió la del capitán, casi tan seca y tan morena como la suya.

—¿Qué queréis saber primero? preguntó.

- Quiero que me digas si haré fortuna.
La hechicera examinó atentamente la mano del gascón.
Este, lleno de impaciencia viendo que nada le decía, sacudió la cabeza con aire de duda, y dijo:
—¿Cómo puedes tú leer en la mano de un hombre si haré fortuna?
—Muy fácilmente, caballero. Ese es mi secreto.
—Pues veamos tu secreto.
—Si os lo digo, señor capitán, dejará de ser mío mi secreto.
—Tienes razón; guárdate; pero acaba pronto. Me estás haciendo cosquillas y no me agrada que las viejas se entretengan con mi mano.
—Haréis fortuna, capitán.
—¿De veras?
—Os lo juro.
—¡Sangre de Dios! ¿Crees que será pronto?
—Dentro de algunos años.
—¡Diablo! hubiera querido que eso se realizase más pronto, dentro de algunos días.
—Puedo decir el resultado de los acontecimientos, pero no alterar su marcha.
—Y dime, ¿eso podrá ocasionarme algunos disgustos?
—No; pero podrá causar muchos á otros.
—¿Qué quieres decir?
—Quiero decir que sois ambicioso, capitán.
—¡Por la cruz de Dios! que en eso sí que has acertado, hechicera.
—Y para llegar al fin que os habéis propuesto, encontraréis buenos todos los caminos.
—Muéstrame el que debo seguir, y tú veras.
—¡Oh! ya le seguiréis vos mismo, por terrible que sea.
—Veamos, veamos. ¿Qué llegaré á ser siguiendo ese camino terrible?
—Llegaréis á ser asesino, capitán.
—¡Sangre de Cristo! gritó el gascón, retirando vivamente su mano. Tú no eres más que una vieja loca y puedes ir á decir tus horóscopos á los que sean tan bestias que crean en ellos.
Y dirigiendo á la vieja una mirada de indignación, volvió á sentarse á la mesa que ocupaba, murmurando:
—¡Asesino! ¡asesino yo!... Ten entendido, hechicera,

que sería necesario que me pagaran muy bien para llegar á un extremo semejante.

—Jacobó, dijo entonces, dirigiéndose al paje, la señorita de Saint-André, que había seguido los movimientos del capitán y que, con el oído aguzado por una curiosidad de catorce años, no había perdido una palabra del diálogo que mediara entre la hechicera y el gascón. Haced que esa hechicera os diga vuestro horóscopo. Eso me distraerá.

El paje se levantó sin hacer observación alguna, y con la actitud y la espontaneidad de la obediencia absoluta, se aproximó á la vieja.

—Aquí tenéis mi mano, buena mujer, dijo. ¿Queréis hacer mi horóscopo como acabáis de hacer el del capitán?

—Con mucho gusto, hermoso paje, repuso.

Y cogiendo la mano, blanca como la de una mujer, que le presentaba el joven, sacudió la cabeza á uno y otro lado en señal de disgusto.

—¿Qué es eso, vieja? preguntó el paje; ¿no encontráis nada de bueno en esta mano?

—Seréis muy desgraciado.

—¡Ay, pobre Jacobo! dijo con acento semi burlón la que había provocado aquel augurio.

El paje sonrió con melancolía, y murmuró:

—No lo seré, que lo soy.

—El amor será la causa de todos vuestros infortunios, continuó la vieja.

—¿Moriré joven? preguntó el paje.

—A los veinticuatro años.

—Tanto mejor.

—¡Cómo, Jacobo! ¿tanto mejor, decís?

—Puesto que he de ser desgraciado, vale más morir cuanto antes, repuso el joven mirando á su señora.

Después se volvió hacia la hechicera, preguntando:

—¿Moriré en el campo de batalla?

—No.

—¿En mi cama?

—No.

—¿Por efecto de algún accidente?

—Tampoco.

—Pues ¿cómo moriré entonces, vieja?

—No puedo deciros precisamente cómo moriréis, pero sí puedo deciros la causa de vuestra muerte.

—Y ¿cuál será esa causa?

La anciana bajó la voz, y repuso:

—Seréis asesino.

El joven se puso pálido como si el suceso predicho hubiese llegado, y se dirigió á su sitio con la cabeza baja.

—Gracias, mujer, dijo; que lo que está escrito se cumpla.

—¿Qué tal? preguntó el capitán al paje; ¿qué os ha dicho esa vieja condenada?

—Nada que pueda repetir, capitán, respondió Jacobo.

El capitán se dirigió al hugonote.

—Vamos, le dijo, caballero, ¿no tenéis curiosidad por tentar la suerte? Falsa ó verdadera, buena ó mala, una predicción distrae siempre un instante.

—Perdonad, dijo el caballero, que pareció salir de pronto de su pertinaz meditación, tengo algo más importante que pedir á esa mujer.

Y, levantándose, se dirigió resueltamente á la hechicera con esa precisión de movimiento que indica en el que la posee la fuerza y la energía de la voluntad.

—Hechicera, dijo con voz sombría presentándole su mano nerviosa, ¿triunfaré en la empresa que voy á acometer?

La vieja cogió la mano que se le presentaba, pero después de haberla mirado durante algunos segundos, la soltó con una especie de espanto.

—¡Oh! sí, dijo; triunfaréis por vuestra desgracia.

—¿Pero triunfaré?

—¡A qué precio, Dios mío!

—Al precio de la muerte de mi enemigo, ¿no es verdad?

—Sí.

—¡Qué me importa entonces!

Y el caballero volvió á su sitio lanzando al duque de Guisa una mirada llena de odio.

—¡Qué horror! murmuró la vieja, ¡asesinos los tres!

Y miró, aterrorizada, el grupo formado por el capitán, el hugonote y el paje.

Esta escena de nigromancia había sido seguida atentamente por los ilustres huéspedes que ocupaban el lado opuesto de la sala.

Como por la distancia á que se hallaban no pudieron oír las palabras cambiadas, sus ojos fueron únicamente los que se apercibieron del movimiento de los tres personajes.

Por poca confianza que se tenga en las hechiceras, siempre hay alguna curiosidad por interrogar esa sombría ciencia que se llama magia, ya sea porque nos predice felicidades, de las cuales no da la razón, sea porque prediga infortunios para acusarla de embustera.

Esto fué sin duda lo que impulsó al mariscal de Saint-André para interrogar á la vieja.

—No tengo más que una fe muy pequeña en todas esas tonterías, dijo; pero debo confesar que en mi infancia una gitana me predijo lo que me había de suceder hasta los cincuenta años, y ya he cumplido cincuenta y cinco; por lo tanto, no sería difícil que otra me anunciase lo que ha de sucederme hasta mi muerte. Aproxímate, hija de Belcebú, añadió dirigiéndose á la vieja.

La hechicera se levantó y se acercó al grupo.

—Aquí tienes mi mano, dijo el mariscal, habla y habla en voz alta. ¿Qué me anuncias de bueno?

—Nada, señor mariscal.

—¿Nada? ¡Diablo! pues no es gran cosa. ¿Y de malo?

—No me interroguéis, señor.

—¡Ya lo creo que te interrogaré! Vamos, ¿qué lees en mi mano?

—Interrupción violenta de la línea de la vida, señor mariscal.

—Lo que quiere decir que no me queda que vivir mucho.

—Padre mío, murmuró Carlota suplicándole con la mirada que no continuase adelante.

—Déjame, Carlota.

—Escuchad á esa hermosa niña, dijo la hechicera.

—¡Vamos, concluye, gitana! ¿Moriré pronto?

—Sí, señor mariscal.

—¿Moriré de muerte violenta ó natural?

—Violenta. Recibiréis la muerte en el campo de batalla, pero no de un enemigo leal.

—¿De la mano de un traidor entonces?

—Sí, señor.

—Eso quiere decir...

—Que seréis asesinado.

—¡Oh padre mío! murmuró la joven estremeciéndose y abrazando á su padre.

—¿Pero tú crees todas esas tonterías? dijo el mariscal besándola en la frente.

—No, padre mío; pero á pesar de eso mi corazón late en el pecho como si esa desgracia que se os predice pudiera realizarse.

—¡Eres una niña! dijo el mariscal encogiéndose de hombros. Anda, anda, dale tu mano y que sus predicciones añadan á tu vida todos los días que á la mía pretenden quitarle.

La joven rehusó obstinadamente.

—Entonces, voy á daros el ejemplo, señorita, dijo el duque de Guisa tendiendo su mano á la hechicera.

Ésta se comprendía que estaba contrariada.

—Gitana, la dijo el duque; te advierto que tres veces hice levantar mi horóscopo y las tres veces el resultado fué idéntico, es decir, siniestro. En su consecuencia, y en honor de la magia, procura no desmentirlo.

—Monseñor, repuso la vieja, ignoro lo que otros pueden haberos dicho, pero he aquí mi predicción.

—Veamos.

—Moriréis como el señor mariscal de Saint-André, asesinado.

—Perfectamente, repuso el duque con tranquilidad; veo que no hay medio alguno de escapar. Toma, y vete al diablo.

Y arrojó una moneda de oro á la hechicera.

—Por lo visto, dijo el príncipe de Condé, nada menos que una matanza de caballeros es lo que nos anuncia esta mujer. Casi me voy arrepintiéndome de haberla hecho entrar, y para que no se crea que trato de evadirme de conocer mi suerte, voy á interrogar al destino. Anda, vieja, ahí tienes mi mano.

—Pero ¿creéis en las hechiceras, príncipe? le preguntó el de Guisa.

—Duque, he visto ya tantas predicciones que no se han realizado, y tantos horóscopos que se han cumplido, que os diré como Miguel Montaigne: «¡Quién sabe!» Ea, buena mujer, ¿qué es lo que ves en mi mano? ¿Es bueno ó malo? Dilo todo.

—Veo en vuestra mano, monseñor, una existencia llena de amor y de combates, de placeres y peligros, terminada por una muerte sangrienta.

—¿Seré asesinado acaso?

Sí, monseñor.

—¿Como el mariscal de Saint-André y el duque de Guisa?

—Exactamente igual.

—Que digas verdad ó mentira, como me anuncias que moriré en tan buena compañía, toma, por tu trabajo.

Y el príncipe, no una moneda como el de Guisa, sino que le dió su bolsillo.

—¡Quiera Dios, monseñor, dijo la vieja besando la mano del príncipe, que sea la pobre hechicera quien se engañe y que no se cumpla la predicción!

—Y si se cumple, á pesar de tu deseo, yo te prometo dar crédito á esos augurios, por más, añadió el príncipe sonriendo, que ya sería un poco tarde para ello.

A estas palabras siguió un silencio bastante prolongado, durante el cual no se oía sino el agua que seguía cayendo con abundancia, si bien menos violenta.

—Creo, dijo el príncipe, que la tempestad ha calmado su furia, y como á las nueve me están esperando en el hotel Coligny, os saludo, señor mariscal, y á vos también, señor duque.

—Pero príncipe, dijo Carlota, ¿cómo os atrevéis á poner os en camino con este tiempo?

—Señorita, os agradezco mucho el interés que demostráis; pero, puesto que he de ser asesinado, ya comprenderéis que no tengo nada que temer de la tempestad.

Y después de saludar á los compañeros y fijar en la señorita de Saint-André una mirada que la obligó á bajar la vista, salió el príncipe de la posada, escuchándose poco después sobre el camino de París el rápido galope de un caballo.

—Id, Jacobo, dijo el mariscal dirigiéndose al paje, que acerquen el coche. Si al príncipe le esperan á las nueve en el hotel Coligny, nosotros somos esperados á las diez en el palacio de Tournelles.

Aproximóse el coche, y el mariscal, su hija y el duque de Guisa ocuparon sus asientos.

Dejémosles seguir, lo mismo que al príncipe de Condé, su viaje hacia París, donde más tarde volveremos á encontrarlos, y recordemos únicamente los nombres de los tres personajes que morirían asesinados, así como los de los otros tres que por ley de la fatalidad debían ser asesinos.

Los tres primeros eran el duque de Guisa, el mariscal de Saint-André y el príncipe de Condé.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

30050

Los tres segundos se llamaban: Poltrot de Meré, Baubigny de Mezieres y Montesquiou.

Sin duda la Providencia, en sus inescrutables designios, había querido reunir en la posada del *Caballo rojo* aquellas seis personas.

I

MARCHA TRIUNFAL DEL PRESIDENTE MINARD

El martes 18 de diciembre de 1559, ó sea seis meses después de la fiesta del *Landi*, sobre las tres de la tarde, cabalgando sobre una mula de mezquina apariencia, que denunciaba la avaricia de su propietario, caminaba en dirección á su casa por la antigua calle del Temple, el señor Antonio Minard, uno de los consejeros del Parlamento.

Este personaje, respecto al cual llamamos la atención de nuestros lectores, era grueso y rechoncho, representaba unos sesenta años, y dejaba flotar al viento con cierta coquetería los bucles rubios de su peluca.

Generalmente su rostro expresaba la beatitud más completa; jamás se veía en él la más ligera sombra de tristeza que pudiera oscurecer aquella frente tersa, reluciente y sin una arruga. En sus mejillas no se advertía el surco de ninguna lágrima, y, finalmente, la indiferencia egoísta y la vulgar alegría eran las únicas que habían pasado su barniz sobre el bermellón de aquella faz rubicunda, majestuosamente soportada por un cuello grueso y rollizo.

Sin embargo, el día que vamos hablando, el rostro del presidente Minard estaba muy lejos de ostentar su habitual expresión, y aun cuando no estuviera sino á unos cuatrocientos pasos de su casa, en la inquietud y en el temor que se advertía en él, reflejo sin duda de otras inquietudes interiores, parecía como que estaba dudando si podría llegar á su domicilio.